

Mensajero del Archivo Histórico

Juan Agustín de Espinoza, SJ
de la



Vicerrectoría Académica
Torreón, México. 30-VI-2003

Buzón electrónico: sergio.corona@lag.uia.mx

Página web del Archivo: <http://www.lag.uia.mx/archivo/>

Mensajero. UNESCO: Internet resources, publications, periodicals

http://www.unesco.org/webworld/portal_archives/pages/Internet_Resources/Publications/Periodicals/more2.shtml

Ediciones anteriores del **Mensajero**:

<http://www.lag.uia.mx/publicaciones/mensajero/catalogo-mensajero.htm>

Mtro. Quintín Balderrama López S.J. Rector
Mtro. Carlos Portal Salas. Vicerrector Académico
Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Coordinador del Archivo Histórico

número **58**

ÍNDICE

página

Noticias del Archivo Histórico JAE	1
Maximiliano de Habsburgo, emperador de México.	
Interpretaciones en torno a un sueño fallido.	2
El Mostrador. Lodo. Novela sobre el fango.	11
Libros del Archivo Histórico.	15

Fundador y editor de la revista virtual: Dr. Sergio Antonio Corona Páez Alemania * Argentina * Brasil
Canadá * Colombia * Chile * España * El Salvador * Estados Unidos de Norteamérica * Francia
Guatemala * México * Noruega * Reino Unido * Suecia * Uruguay * Venezuela

Comité editorial del "Mensajero": Sra. Cristina Solórzano Garibay. Lic. Marco Antonio Morán Ramos.
Mtro. Jaime Eduardo Muñoz Vargas. Dr. Sergio Antonio Corona Páez.

NOTICIAS DEL ARCHIVO HISTÓRICO

Presentación de la colección *Lobo Rampante*

El pasado jueves 26 de junio fue presentada a la comunidad de la Comarca Lagunera la colección *Lobo Rampante*. Editada por la Universidad Iberoamericana Torreón a través del Archivo Histórico *Juan Agustín de Espinoza sj*, esta colección tiene por objetivo aportar información documental nueva para la historia del septentrión novohispano, particularmente sobre la Nueva Vizcaya y las comunidades de las cuencas del Nazas y el Aguanaval. *Lobo Rampante* es un término que hace referencia a los procesos sociales de larga duración que han conformado la zona geográfica y cultural, de ahí que sea un término heráldico que remite al Antiguo Régimen, a las armas familiares de San Ignacio de Loyola y, desde luego, al escudo de la Universidad Iberoamericana, que es el lugar social desde donde se realizan los proyectos de investigación y editorial que generan a dicha colección.

El evento se llevó a cabo a partir de las 20.00 horas en las instalaciones del Instituto Municipal de Documentación de Torreón (IMDT) y se contó —entre los diversos concurrentes— con la presencia del primer regidor, licenciado René Nahle Aguilera, y la novena regidora, profesora Lorena Covadonga del Moral Rosette, ambos representantes del Ayuntamiento de Torreón. Se contó con la asistencia del licenciado Miguel Ángel Muñoz Borrego, Coordinador Regional de las zonas noreste y Laguna del Instituto Estatal de Documentación de Coahuila, la licenciada Sonia Aguirre, Coordinadora de Divulgación Cultural del IMDT y diversos reporteros de los medios locales.

La presentación de la colección corrió a cargo del licenciado Carlos Cuadros Castañón, coordinador de Investigación del IMDT, del maestro Jaime Muñoz Vargas, del licenciado Elías Agüero, director del IMDT, y del doctor Sergio Antonio Corona Páez, coordinador del Archivo Histórico *JAE* de la UIA Torreón.

A través de la investigación y de la lectura de los libros de la colección comienza a ser claro que la Comarca Lagunera ha sido una región “anómala” (en el mejor de los sentidos) por moderna e innovadora por lo menos desde principios del siglo XVIII.

MAXIMILIANO DE HABSBURGO, EMPERADOR DE MÉXICO

Interpretaciones en torno a un sueño fallido

Dr. Sergio Antonio Corona Páez



Jean-Adolphe Beaucé. Retrato ecuestre del emperador Maximiliano en 1865.¹

Los antecedentes

¿Cómo explicar la presencia de un emperador de origen austriaco en el México de la segunda mitad del siglo XIX? Más aún: ¿cómo explicar su caída?

Es muy difícil entender la lógica que implica la respuesta a ambas preguntas si no se cuenta con la información que nos ubique en el contexto político nacional e internacional de México en el siglo XIX. Además, hay que tomar en cuenta factores

culturales decisivos, como son la profunda religiosidad católica del pueblo mexicano,² y por consecuencia, la enorme influencia del clero en los asuntos nacionales.

El simple hecho de que México formara parte del Imperio Español durante trescientos años (1521-1821) implica la sólida configuración de la mentalidad política de sus habitantes. Para los novohispanos,³ no podía existir otra forma de gobierno que la monarquía católica. El “Plan de Iguala” y el “Tratado de Córdoba” fueron los nombres de los universalmente aclamados⁴ proyectos de independencia nacional debidos a la visión política del libertador de México, el militar criollo don Agustín de Iturbide y Arámburu. Ambos documentos establecieron con toda claridad que la forma de gobierno de México sería la monarquía constitucional, y que el trono de México lo ocuparía Fernando VII, Rey de España, alguno de los infantes o incluso un miembro de otra dinastía reinante.⁵ Ante la negativa de Fernando VII,⁶ Iturbide —por el enorme prestigio con que contaba entre la casi totalidad de la población— fue proclamado primer Emperador de México.

A partir de ese momento, el país se convirtió en escenario de la lucha entre dos facciones de líderes antagónicos, entre dos maneras de concebir el futuro del virreinato recién liberado. Primero, estaban aquellos que habían consumado la independencia y que

¹ Fuente: *Testimonios artísticos de un episodio fugaz (1864-1867)*. Museo Nacional de Arte. INBA México. 1995.

² Es tan fuerte esta vocación de los mexicanos al catolicismo, que no ha dejado de sorprender a S.S. Juan Pablo II, durante cada uno de sus cinco viajes a México, cuya adhesión ha calificado con la frase “México, siempre fiel”.

³ “Nueva España” era el nombre oficial de lo que hoy conocemos como “México”, con la diferencia de que comprendía también California, Colorado, Arizona, Nuevo México y Texas. El gentilicio era “novohispano” o “novohispana” y comprendía en principio a españoles y criollos, aunque no excluía a los mestizos, indios ni castas. Los habitantes originales, los indígenas del país en sus diversas etnias, eran profundamente monárquicos desde muchos siglos antes.

⁴ Existen muchos testimonios de la época, particularmente impresos, que manifiestan la universal adhesión de los novohispanos a estos proyectos, planes y tratados. Iturbide recibió una adhesión casi “mesiánica”, lo cual explica que haya consumado la independencia de México prácticamente sin efusión de sangre. La letra del Himno Nacional Mexicano reconoce y justiprecia su obra. Vid Anna, Timothy E. *The mexican empire of Iturbide*. University of Nebraska. Nebraska. 1990; Ladd, M. Doris. *La nobleza mexicana en la época de la independencia, 1780-1826*. Fondo de Cultura Económica, México, 1984. Arrangoiz, Francisco de Paula. *México desde 1808 hasta 1867*. Editorial Porrúa, S.A. México. 1974.

⁵ El emperador debía ser miembro de una dinastía reinante para “precaver los atentados de la ambición” de personas que no tuviesen sangre real. Solamente dos dinastías habían gobernado a la Nueva España durante su historia: las ramas españolas de la casa de Austria y de la casa de Borbón. Vid Artículo cuarto del “Plan de Iguala” de don Agustín de Iturbide, proclamado en dicho lugar el 24 de febrero de 1821 en Torre Villar, Ernesto de la et al. *Historia documental de México*. Universidad Nacional Autónoma de México. México. 1984. Tomo II. Artículo tercero de los “Tratados de Córdoba” celebrados el 24 de agosto de 1821 entre don Juan O’Donojú (último de los virreyes españoles) y don Agustín de Iturbide, Primer Jefe del Ejército Imperial Mexicano. Torre Villar, *Op.cit.*

⁶ Fernando VII esperaba reconquistar México, y por esta razón prohibió a cualquier miembro de la casa real española que considerase la oferta. Cuando parecía cumplirse esta amenaza con el apoyo de la Santa Alianza, los Estados Unidos de América lanzaron su “Doctrina Monroe”.

respetaban el sentir popular, razón por la cual deseaban que las estructuras políticas y económicas de la nación fuesen congruentes con su pasado, incluyendo la relación estado-iglesia; desconfiaban instintivamente de los Estados Unidos y miraban hacia la vieja y paradigmática Europa en busca de apoyo. Estos eran los llamados “conservadores”. Segundo, estaban los liberales, casi todos republicanos, quienes tenían en los Estados Unidos de América un aliado y un modelo a seguir. Estaban dispuestos a cambiar desde el poder el sentir monárquico y católico de la población con el fin de abolir las viejas estructuras. Éstos eran conocidos como “liberales”. El grueso de la población desconfiaba profundamente de ellos por anticlericales y proyanquis.

La lucha entre conservadores y liberales comenzó prácticamente apenas consumada la independencia.⁷ Desde 1821 hasta 1867, los liberales, apoyados por los Estados Unidos,⁸ pugnaron por tomar y conservar el poder usando como estrategia la desestabilización de los gobiernos conservadores. Su primer éxito fue la ingobernabilidad del congreso y la consecuente abdicación de Agustín I el 19 de marzo de 1823, fecha en la que concluyó el Primer Imperio Mexicano.⁹ El 2 de diciembre de ese mismo año, el presidente James Monroe, durante su séptimo mensaje anual al Congreso de los Estados Unidos, estableció unilateralmente lo que podemos considerar un protectorado sobre las ex colonias latinoamericanas y un repudio al sistema monárquico en el área:

With the existing colonies or dependencies of any European power we have not interfered and shall not interfere. But with the Governments who have declared their independence and maintain it, and whose independence we have, on great consideration and on just principles, acknowledged, we could not view any interposition for the purpose of oppressing them, or controlling in any other manner their destiny, by any European power in any other light than as the manifestation of an unfriendly disposition toward the United States (...) It is impossible that the (european) allied powers should extend their political system to any portion of either continent without endangering our peace and happiness; nor

⁷ Con el tiempo, unos y otros se constituyeron en partidos políticos.

⁸ Es un hecho incuestionable que los Estados Unidos vieron con enorme preocupación la posibilidad de que la Nueva España se convirtiese, como ellos lo habían hecho antes, en una nación próspera y fuerte que compitese por los mercados europeos y latinoamericanos. El diputado del congreso estadounidense y primer embajador de los Estados Unidos en México, Joel R. Poinsett, declaraba ante la Cámara de Representantes de su país en discurso del 28 de marzo de 1822: “El barón de Humboldt dice que si la fuerza política de un país dependiera solamente de su extensión y del número de sus habitantes, la Nueva España podría compararse con Estados Unidos”. Iturriaga, José E. *México en el Congreso de Estados Unidos*. SEP. Fondo de Cultura Económica. México. 1988. P. 53.

⁹ Anna, Timothy E. *Op.cit.* Cuevas, Mariano. *El libertador*. Documentos selectos de don Agustín de Iturbide. Editorial Patria, S.A. México. 1946.

can anyone believe that our southern brethren, if left to themselves, would adopt it of their own accord.¹⁰

El 4 de octubre del año siguiente se promulgó en México la Constitución Federal, la cual seguía muy de cerca la de los Estados Unidos y adoptaba el régimen republicano. México no volvería a intentar el establecimiento de un régimen monárquico sino hasta que se dieran las circunstancias favorables para ello. Estas surgieron cuando estalló la Guerra Civil de los Estados Unidos (1861) situación que alentó al Emperador Napoleón III para lanzar una intervención militar francesa en México. Las tropas galas desembarcaron en Veracruz en diciembre de 1861 y tras romper hostilidades lograron derrotar al gobierno mexicano liberal¹¹ y ocupar la capital mexicana en junio de 1863.¹² Para muchos, las fuerzas francesas eran percibidas como un ejército de liberación, particularmente para los conservadores y monárquicos, hartos de los experimentos republicanos.¹³ El 16 de junio de 1863, la fuerza expedicionaria emitió un decreto por el cual se extendía una invitación para que los mexicanos constituyesen una Junta de Gobierno,¹⁴ la cual, habiendo entrado en funciones, dio paso (8 de julio) a una Junta o Asamblea de Notables formada también por mexicanos, la cual decidió —con fecha de 15 de julio de 1863— adoptar la monarquía moderada como forma de gobierno para la nación.¹⁵ Se realizó una consulta popular cuyos resultados mostraron que el noventa por ciento de la población optaba por el Imperio

¹⁰ The Monroe Doctrine. The University of Oklahoma Law Center Home Page.

¹¹ El 31 de octubre de 1861 se firmaron los acuerdos de la Convención de Londres, por los cuales tres naciones acreedoras de México, Inglaterra, Francia y España se comprometieron a realizar una intervención en México para resarcir sus intereses afectados por la moratoria de pagos declarada por el gobierno liberal mexicano. Solamente los franceses permanecieron en México para intentar algo más que un simple cobro de adeudos.

¹² Arrangoiz. *Op.cit.*

¹³ Si damos crédito a las narraciones de la época, los franceses fueron recibidos por los mexicanos con vítores y flores.

¹⁴ Arrangoiz, *Op.cit.*

¹⁵ El dictamen de la Comisión nombrada por la Asamblea de Notables contenía cuatro proposiciones, de las cuales las tres primeras decían “1ª La nación Mexicana adopta por forma de gobierno la monarquía moderada, hereditaria, con un príncipe católico. 2ª El soberano tomará el título de Emperador de México. 3ª La corona imperial de México se ofrece a S.A.I. y R. el príncipe Fernando Maximiliano, archiduque de Austria, para sí y sus descendientes”. Se decidió asimismo enviar una copia del acta al papa Pío IX, rogando a su santidad la bendición del proyecto y del príncipe designado. Arrangoiz, *Op.cit.* Sobre la reacción a esta propuesta, nos dice el mismo Arrangoiz: “Nada es bastante, al decir de testigos oculares, a pintar el entusiasmo con que esta proposición fue acogida: la Asamblea se puso de pié por un movimiento simultáneo y universal; el nombre del inmortal Pontífice fue aclamado con la efusión más viva; muchos rostros se veían cubiertos de lágrimas, y parecía que el cielo no podía negar su protección a una empresa que comenzaba de aquél modo. Era el grito universal y ardiente de un pueblo católico que veía en la reparación del santuario el primero de sus deberes y la más dulce de sus esperanzas.” Arrangoiz, *Op.cit.*

como forma deseada de gobierno.¹⁶ El príncipe elegido era Fernando Maximiliano de Habsburgo, hermano menor de S.M.I. Francisco José, Emperador de Austria-Hungría.

El Archiduque Fernando Maximiliano de Habsburgo

Fernando Maximiliano Jose nació el 6 de julio de 1832 en el palacio de Schönbrunn, en Viena. Era hijo de los archiduques Francisco Carlos y Sofía, y hermano del Emperador Francisco José. Ambos hermanos tuvieron acceso a las ideas más avanzadas de la época gracias a su preceptor, el conde Enrique de Bombelles.¹⁷ Es muy probable que las inclinaciones liberales de Maximiliano —mismas que habrían de sellar su destino— hayan surgido en esta época temprana de su vida. Al parecer por causa de un golpe sentimental,¹⁸ solicitó el ingreso a la marina y fue aceptado, razón por la cual tuvo oportunidad de conocer Grecia, Tierra Santa, Egipto, Italia y Francia. Para 1854, a los 22 años de edad, Maximiliano ya era contraalmirante y comandante en jefe de la flota imperial. En 1856, su hermano el Emperador le envió a París para que se enterase de cerca de los planes de política internacional de Napoleón III. Maximiliano decidió incluir Bélgica en su viaje. En Bruselas conoció a la princesa Carlota Amalia de Sajonia-Coburgo, hija del Rey Leopoldo I de Bélgica. La princesa caló hondo en el corazón del archiduque, y la pareja contrajo nupcias el 27 de julio de 1857. Antes de la boda, Maximiliano visitó a la reina Victoria por invitación de ésta. El mismo año de 1857, Maximiliano fue designado gobernador de las provincias austríacas de Lombardía y el Véneto. Debido a que su estilo liberal de gobernar causó disgusto en Viena, no se le tomó en cuenta al estallar la guerra del Piamonte. En vista del revés político que esto le había significado, el archiduque se retiró a la vida privada en 1859 y emprendió un viaje a Brasil mientras Carlota visitaba Madeira. Al regresar ambos, instalaron su residencia en el palacio de Miramar (Trieste). En este lugar, el 9 de abril de 1864 se presentó una diputación del nuevo gobierno promonárquico mexicano para ofrecer la corona a Maximiliano. El archiduque la aceptó el día siguiente

¹⁶ Sobre este punto dice el reconocido historiador don Carlos Alvear Acevedo: “Sobre estas bases y sobre estos testimonios de adhesión que el Imperio tuvo de diversas maneras, don Francisco Bulnes, autor liberal y republicano, pudo reconocer que el 90% de la población mexicana estuvo conforme con el Imperio”. Alvear Acevedo, Carlos. *Historia de México*. 54ª edición. Editorial Jus. México. 1994. P. 339.

¹⁷ “Maximiliano de Habsburgo” en *Diccionario Porrúa. Historia, biografía y geografía de México*. Sexta edición. Editorial Porrúa, S.A. México. 1995. Tomo II.

¹⁸ Se ha manejado como causa probable la muerte de la princesa María Amalia de Portugal, su primera novia.

en presencia de la diputación mexicana, ofreciendo esa tarde un banquete a todos los mexicanos que habían presenciado la ceremonia de aceptación.¹⁹

Los Emperadores de México, Maximiliano y Carlota, desembarcaron en Veracruz el 28 de mayo de 1864, y si bien la recepción del pueblo fue algo fría en la costa, en las poblaciones como Córdoba, Orizaba Puebla y sobre todo México, fue delirante.²⁰ Los mexicanos esperaban que Maximiliano “pusiera orden” en el país.

Hemos visto hasta aquí que, desde la consumación de la independencia en 1821, el anhelo político de la gran mayoría del pueblo mexicano consistía en contar con una monarquía fuerte que favoreciera al catolicismo nacional. Es muy importante mencionar que Iturbide logró por consenso la independencia de México²¹ no tanto porque el pueblo participara de un ideal de libertad política, sino como reacción contra lo que el pueblo percibía como una amenaza “revolucionaria, afrancesada y jacobina” de muerte al catolicismo mexicano.²² En 1820, con la revuelta del coronel Rafael del Riego, inició en España un régimen liberal que tomó visos de verdadera amenaza contra la existencia del clero e instituciones católicas españolas y novohispanas. Iturbide tuvo éxito al proponer un plan²³ que garantizaba el libre ejercicio del catolicismo como religión única en la Nueva España,²⁴ por medio de la independencia política de España. La independencia política sería la garantía para defender el catolicismo.²⁵ Un tercer punto garantizaba la unión de los novohispanos declarando su igualdad social ante la ley, cualquiera que fuera su color o

¹⁹ Arrangoiz. *Op.cit.*

²⁰ *Ibid.*

²¹ El movimiento libertador que inició el padre Miguel Hidalgo y Costilla no fue bien percibido por la mayoría de la población novohispana porque con el grito de “Mueran los gachupines” (los españoles peninsulares) parecía una lucha racial o étnica. Las matanzas de españoles en Guanajuato afirmaron al pueblo en esta creencia, como lo aclara el acta de excomunión contra Hidalgo firmada por el obispo de Valladolid, Abad y Queipo. Lucas Alamán, seguido por Arrangoiz, afirma que la lucha de Hidalgo y posteriormente de Morelos tuvo muy poco poder de convocatoria debido a que era sustentada por el bajo clero, la plebe y bajos oficiales del ejército real. *Vid* Arrangoiz, *Op.cit.*

²² Arrangoiz; Alvear Acevedo. *Op.cit.*

²³ Este plan ya lo hemos mencionado al principio de este artículo como “Plan de Iguala” y gravitaba en torno a las tres garantías que Iturbide consideraba fundamentales para los mexicanos. Por esta razón este plan, al igual que el ejército libertador, fue llamado “de las tres garantías”. Iturbide señaló un color para cada una de las tres garantías, a saber, el blanco para representar el libre ejercicio del catolicismo mexicano en contraposición a las amenazas del gobierno liberal español; el verde representaba la independencia política como condición *sine qua non* podría garantizarse el libre ejercicio del catolicismo mexicano; y el rojo simbolizaba la unión de todos los mexicanos, la igualdad de sangre ante la ley, y el respeto a la propiedad. Con estos colores, Iturbide forjó la bandera mexicana, y los incorporó a las condecoraciones de la Orden de Guadalupe que él mismo fundó. *Vid* Torre Villar, Ernesto de la *et al Op.cit.*

²⁴ Artículo 1 del Plan de Iguala en Torre Villar, Ernesto de la *et al. Op.cit.*

²⁵ Artículo 2 del Plan de Iguala. *Ibid.*

etnia.²⁶ Con esta fórmula de las tres garantías, Iturbide logró el consenso que lo convirtió en libertador y, posteriormente, en primer Emperador de México.

Sin duda alguna, la mayoría de los mexicanos esperaban de Maximiliano que se comportase como un segundo Iturbide que completase lo que no pudo acabar el primero. Esperaban la consolidación de la dinastía²⁷ para perpetuar con ella la defensa de los intereses del catolicismo y la prohibición de cualquier otro culto que no fuese el católico, en oposición a la “provocativa” tolerancia religiosa de los liberales. El extremadamente influyente clero católico esperaba del Emperador la devolución de todas las propiedades que los regímenes liberales les había confiscado.

Por su parte, el Emperador Maximiliano tenía un genuino interés en ser un buen gobernante para su nuevo país, y esto sólo podía significar para él gobernar desde la modernidad liberal. No supo entender la situación tan frágil sobre la que se fundamentaba su trono, con la amenaza latente de los Estados Unidos y su “Doctrina Monroe”, con un gobierno mexicano liberal en el exilio en el norte, no lejos de los Estados Unidos, y con la continua posibilidad de que las tropas francesas se retirasen sin haber consolidado todavía su corona. De hecho, la opinión pública se había revertido, y los franceses —que no se habían portado muy bien con la población mexicana— comenzaron a ser repudiados por liberales y conservadores. Ya no eran bienvenidos.

Los aliados naturales de la Corona habrían sido los excelentes militares conservadores y desde luego, el clero católico. Pero el Emperador cometió terribles errores políticos cuando envió al extranjero a los militares monárquicos de mayor prestigio, rodeándose de liberales y extranjeros en su gabinete, y sobre todo, cuando condicionó la negociación de un concordato con la Santa Sede a la aceptación incondicional de varios puntos de corte liberal, entre otros los siguientes: libertad de cultos; privación de las rentas del clero, que a partir de entonces se convertirían en funcionarios a sueldo de la Corona; desaparición del fuero eclesiástico; las rentas provenientes de los bienes confiscados al clero por los liberales pasarían al gobierno; no habría nuevos miembros en las órdenes religiosas femeninas mientras el papa no definiera cuáles iban a restablecerse. Desde luego, no se llegó a ningún acuerdo con el nuncio papal, Pedro Francisco Meglia. En vista

²⁶ Artículo 12 del Plan de Iguala. *Ibid.* Con la igualdad social se eliminaba el estatuto y concepto de limpieza de sangre (de ahí el color rojo). Cualquiera podía optar por cualquier empleo, si estaba capacitado.

²⁷ Desgraciadamente, el matrimonio imperial no pudo tener hijos. En vista de ello, adoptaron secretamente (el 15 de septiembre de 1865) a dos nietos del Emperador Iturbide, don Agustín y don Salvador. El primero fue designado sucesor y heredero al trono de México.

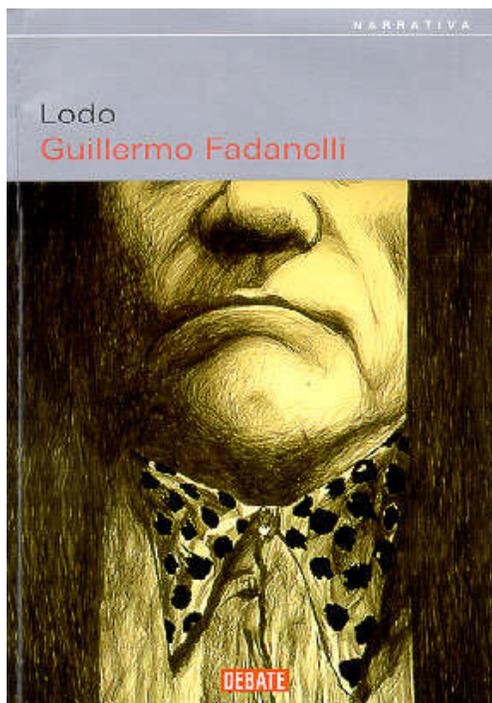
de ello, Maximiliano decretó unilateralmente las disposiciones de algunos de estos puntos. La lectura que el clero, el ejército conservador y el pueblo hicieron de esta situación fue totalmente desmoralizadora. A sus ojos, Maximiliano no sería el paladín del catolicismo como lo había sido el malogrado Emperador Iturbide. Para los mexicanos Maximiliano se revelaba como un emperador liberal que buscaba congraciarse con los liberales mexicanos a costa de los intereses de la Iglesia. Los mexicanos supieron entonces que se habían equivocado.

Las consecuencias últimas del fracaso del sueño mexicano resultaron ser mera cuestión de tiempo. La guerra civil de los estadounidenses terminó en abril de 1865. Ese mismo año, el 1º de agosto, el Secretario del Departamento de Estado instruyó a su embajador en París para que pasara un ultimatum al Emperador de los franceses, Napoleón III: Los Estados Unidos apoyaban a los republicanos mexicanos y verían con impaciencia la continuación de la intervención francesa en México.²⁸ Desde luego, éste era el reinicio de la vigencia de la “Doctrina Monroe”. En consecuencia, Napoleón III anuló los Tratados de Miramar en carta fechada el 31 de mayo de 1866. Los franceses se retiraban. Napoleón temía la conjunción de la hostilidades norteamericana y prusiana.

El resto de la historia es bien conocido: los franceses salieron de México, los republicanos recapturaron las ciudades ocupadas, sin resistencia de conservadores ni monárquicos. Finalmente, las fuerzas republicanas cercaron al Emperador en 1867 en Querétaro. La Emperatriz había enloquecido y vagaba por las cortes europeas pidiendo apoyo para “Max”, sin éxito alguno. El Emperador fue capturado y finalmente fusilado en Querétaro el 19 de junio de 1867. La República fue restaurada, el partido conservador desmantelado, y los mexicanos jamás volvieron a pensar en la monarquía como posible forma de gobierno. Como decíamos desde un principio, la historia del Segundo Imperio Mexicano protagonizada por Maximiliano de Habsburgo tuvo su propia lógica, difícilmente comprensible para quien no esté familiarizado con la historia política nacional e internacional de México, o con el sentir de sus habitantes.

²⁸ Alvear Acevedo. *Op.cit.*

EL MOSTRADOR



LODO: NOVELA
SOBRE EL FANGO

JAIME MUÑOZ VARGAS

Los caminos de la eficacia literaria son inescrutables. Un filósofo empobrecido (¿no es esto un pleonasma?), una despachadora de *Seven Eleven* con piernas de lujo, un departamento decrepito y una ciudad minuciosamente hostil han sido capaces de condimentar una novela-confesión que resume de manera espléndida las innumerables perversidades del sistema en el que subhabitamos. Muy lejos de asumir algún afán denunciativo o edificante, la historia configurada en *Lodo*, novela más reciente de Guillermo Fadanelli, hunde su mirada en una realidad aterradora pero con actitud ajena al lloriqueo, con un tono siempre fresco, relajado, ferozmente digresivo y en todo renglón dueña del humor acre que caracteriza a las ficciones de este autor nacido en México, DF, hacia 1960.

Cuadrada en 31 capítulos, la novela tiene como personaje central a Benito Torrentera, *pobresor* de filosofía que gana cincuenta pesos por clase, sujeto que de tan

anodino resulta estrafalario, secreto reflexionador de todo lo que circunda su gris trayecto por la vida. Narrador personaje, este confidente nos revela sus minúsculas verdades sin saber que allí, detrás de cada sentencia sobre el cotidiano arte de sobrevivir en México, detrás de cada parecer sobre los salvajes que cohabitan con él sobre la urbe, se esconde como ácido el peso de la verdad, una verdad que nadie tiene el apetito de escuchar, es cierto, pero que en la sensibilidad del lector/*voyeur* se impone porque no queda de otra: Torrentera tiene razón en todo o casi todo lo que afirma, y no queda más remedio que aceptarlo como oráculo manual de nuestros tiempos.

Aceptar, por ejemplo, que todos en este país estamos permanentemente haciendo cuentas, como dice el profe de filosofía cuando, debido a la estrechez de sus recursos, duda al comprar una mugre en el triste escenario de un *Seven Eleven*. En efecto, somos contadores de tiempo completo, igual que los millonarios, pero en nuestro caso, en el caso de la legión de pobres que nos infralintamos en el amplio mapa de la cornucopia mexicana, lo que contamos es el precio de las tortillas, de la renta, de la luz, de los cigarros, de los servicios elementales que requerimos para desligarnos un poco de nuestra esencial condición de damnificados. Motivo recurrente en toda la novela, el estribillo de Torrentera no se anda por las ramas y quién lo puede machacar con más credibilidad que este filósofo desarrapado, que este avinagrado rumiador de ideas, que este mistagogo sin autoestima. El *crack* financiero de toda la nación se nota precisamente en el refrigerador de Benito Torrentera; ¿cómo se pueden oponer los discursos populistas sobre el progreso macroeconómico a la humilde, a la modesta pero apabullante verdad de un refri siempre a medio camino entre la desolación y tres o cuatro huevos y un cuartito de mortadela? Por ese camino se llega a otro motivo cíclico en el microuniverso de *Lodo*: los gobernantes de este país han sido, son y acaso fatalmente serán bribones de siete suelas, seres que se dedican a delinquir en despachos bien caobados y con *lap top* sobre el fichero.

Pocas veces una novela puede aparentar tan endiablada sencillez, como ocurre con *Lodo*. Lo que sucede es que esta ficción ha sido contada con inmejorable puntería. En apariencia, digo, un don nadie iluminado, un heterodoxo anónimo despotrica en su interior contra todo lo visible y lo invisible. Eso puede provocar la sensación de muy imitable sencillez; terrible error de cálculo. Fadanelli sortea con hábiles recursos el problema de contar la vida de un "derrotado" (las comillas indican que hablo desde la perspectiva del "éxito") sin tropezar en el tedio, en la redundancia, en el bostezo. El protagonista no vale

un quinto para los demás, pero en sus muy bien informadas vísceras se almacena un tanque lleno de ponzoña que, al ser vaciado en el molde novelístico, deja tieso a cualquier amable defensor del hermoso planeta donde vivimos. Veo un caso, uno entre los miles localizables en este vademécum de la malditez enjuiciadora: cuando Torrentera considera la posibilidad de comprar una pizza de cuarenta y nueve pesos, obligado por su bolsillo siempre balaceado piensa irremediamente: "Una hora de discernir acerca de filosofía moral era equivalente en el mercado a una pizza de chiles verdes".

En ese riel camina la mente de Benito Torrentera durante todo *Lodo*. Nada se salva de su escarnio, de su herética pupila, ni él mismo siquiera. El mercado, la vida universitaria, sus alumnos, las necesidades alimenticias y éticas, el sexo, los libros, la filosofía, la familia, su calva, los políticos, el ser y la nada, la novela y el ensayo como géneros, los periodistas, todo es atravesado a flechazos como si la vida fuera un San Sebastián al que es necesario meterle unas pullas con el fin de que entienda: a todos nos engaña, menos a este Torrentera que no está dispuesto a chuparse el dedo gordo y por lo menos en su fuero íntimo atreve este largo berrinche desolado.

Aunque se cuida mucho de no caer en exquisiteces estilísticas (hay que recordar a los potenciales lectores que esta es una novela que se huele a sí misma las axilas, metaliteraria), Fadanelli llega en *Lodo* a la consumación de un estilo; supongo que ya se lo han dicho, pero no está de más repetirlo: el punto de equilibrio de todo este relato está sellado por la punzante armonía de la prosa: como ocurre en otros lados de su ya abultada obra, en esta hay humor a mares, hay ironías a torrenteros torrentes, hay desenfado y gracia, coraje, garra. No hay por fortuna tantos ex abruptos, tanta escatología, tanta maldición, lo que sin duda hubiera sobrecargado a la novela de tirria contra el género humano, y por tanto de inverosimilitud; el filósofo parece saberlo todo, y todo lo expresa con frescura y rostro impasible, sin aspavientos.

Sobre este punto hay que abundar en el diestro uso de las digresiones; es, a mi juicio, lo más valioso de todo el conjunto. Esos pasajes que los críticos de aula suelen llamar *metadieéticos*, amplísimos a veces y en los que la cabeza de Torrentera opina sobre su inmediatez, se entrometen en las peripecias de la historia pero nunca molestan, nunca parecen apéndices gratuitos del relato principal. Si Torrentera es un filósofo, justo es que su mente ataque todos los puntos de la realidad que tiene la desgracia de padecer. Las digresiones de este profesor han sido sutilmente administradas, y piénsese por tanto

que nunca rompen el hilo narrativo; al revés, son un contrapunto fascinante en cada página. La técnica ha sido usada pues con eficacia; mientras el maestro cuenta alguna acción, su acerbo cerebro entra en escena, vomita dos o tres verdades de a kilo y de vuelta cede la cancha al ordinario vivir en el inframundo. A propósito, hay un capítulo que trabaja una sabrosa reflexión sobre la multicitada crisis de los géneros: la novela se ha vuelto ensayo; el ensayo, novela, como sucede en el digresivo *Lodo*.

Por eso creo que la historia en sí misma es atractiva pero, al menos para mí, insisto, menos deslumbrante que la máquina mental de Torrentera. Es cierto que Flor Eduarda y su estúpido crimen lubrican la narración; es cierto que la pareja que arman el filósofo y la ninfeta es tan extraña como una tortilla con mermelada, es cierto que la descripción de sus andanzas tiene atornillada la atención del lector a un suspenso que desemboca sin evasión posible en la fatalidad, pero no es menos cierto también que lo anecdótico hubiera servido de muy poco sin la ojeriza existencial, filosófica, de Benito Torrentera.

En suma, y fuera de hipérboles irresponsables, *Lodo* es el primer verdadero Everest conquistado por el escritor mexicano Guillermo Fadanelli, y la mejor prueba de este logro es haber sido una de las diez finalistas en el premio Rómulo Gallegos 2003. Quienes le exigían un libro incontestable aquí lo tienen. Benito Torrentera, mientras no le quitemos mucho tiempo a su retozar con Flor Eduarda, está dispuesto a responder todas nuestras inquietudes siempre con lucidez, siempre con buena prosa y siempre con exuberante humor.

Lodo, Guillermo Fadanelli, Debate, México, 2002, 300 pp.

LIBROS DEL ARCHIVO HISTÓRICO

COLECCIÓN LOBO RAMPANTE

pedidos, por favor a: acequias@lag.uia.mx

1.- Una disputa vitivinícola en Parras (1679). Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

2.- Censo y estadística de Parras (1825). Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

3.- Gerónimo Camargo, indio coahuileño. Una crónica de vida y muerte cotidianas del siglo XVIII Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

4.- Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII. Introducción: Sergio Antonio Corona Páez. Paleografía: Manuel Sakanas si Ramírez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

5.- Real espejo novohispano. Una lectura de la Monarquía española según documentos del obispado de Durango (1761-1819). Introducción y notas: Salvador Bernabéu Albert. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

6.- Ataque a la misión de Nadadores. Dos versiones documentales sobre un indio cuechale. Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas. \$ 35.00

Ahora Ud. puede leer estas obras en nuestra biblioteca virtual:

<http://www.lag.uia.mx/archivo/ArcHistorico/loborampante/loborampante.htm>